

"CUANDO YO HUBE DE ACTUAR COMO..."

por el

Doctor CARLOS BARRIO CUADRILLERO

Comandante médico.
Algeciras (Cádiz).

I.—PRESENTACIÓN.

El autor declara aquí ser el médico menos médico «del mundo y de Valladolid», en frase plagiada de un querido colega. Vaya esto por delante, sinceramente sentido, para evitar torcidas interpretaciones a lo que sigue.

El autor se propone narrar algunos hechos profesionales, ni más ni menos que como hacen otros cada día. Saldrán a relucir los éxitos y los fracasos, no menos instructivos. Quizá surja un artículo, tal vez más, y todo ha de depender de la memoria cuanto de la reacción del amable lector. Podría, incluso, chafar tan insolente propósito un buen la-drillazo...

Este artículo va dirigido a los jóvenes, e incluso a los estudiantes, como enseñanza derivada de la experiencia, que no de una ciencia inexistente. Los otros, con igual práctica que yo y muchísimos más conocimientos médicos, lean si quieren recordar sucesos análogos, o sigan adelante, que páginas más amenas y enjundiosas les ofrece la Revista, si al leer llevan la lupa de la crítica para echar de menos términos científicos o brillantes teorías. Nada de esto hallarán, sino literatura, y baratita por añadidura; como que lo pergeñé en el tren, durante un viaje más largo de lo que a mi paciencia convenía.

Con todo, tendrá una utilidad: la de recordar al que empieza la necesidad de prepararse a fondo. Ei habrá de hacer de todo, aislado acaso en el medio rural; si fué estudioso y frecuentó las clínicas y hospitales, habrá adquirido una idea errónea de su futuro trabajo, guiado siempre por la mano segura de su maestro entre la maraña de sus ideas y disponiendo de infinitos métodos diagnósticos auxiliares. (Y se comprende que, si no fué aficionado al estudio, saldría simplemente sin ideas.) Pero no; después habrá de actuar con sustitutivos: las propias gafas, por los rayos X; el fonendoscopio, por el electrocardiógrafo; la vista, por el laboratorio, etcétera.

Y, con premuras siempre, con cien escopetas cargadas apuntándole y mil altavoces dispuestos para difundir sus fracasos. Jugándose, en fin, a una carta la incipiente fama o el definitivo descrédito que le obligue a emigrar.

II.—... COMO CIRUJANO Y TRAUMATÓLOGO.

Fué en mi época, no muy feliz ni mejor retribuida, de médico paleta.

Quien conozca Castilla, y en ella la provincia de Valladolid, tal vez haya viajado entre Olmedo e Iscar y gozado las delicias de una tarde «a cangrejos» en el Eresma, un riachuelo que la carretera cruza, amenizada con aquel incomparable vinillo de tierra de Medina; y habrá estado entonces muy cerca del punto de mi historia.

Tenía yo gran entusiasmo, pocos años y mucho pelo, lo cual basta, ¡ay!, para situarlo un quinto

de siglo a *retaguardia*, allá en 1932, cuando recibí una tarde la visita de un cliente con numeroso cortejo (tal como hoy en el Seguro) de familiares que acompañaban a un pequeñuelo. Este había sufrido un accidente días atrás al caerle una pesada puerta sobre la mano, y traía un dedo con fractura comminuta abierta y medio gangrenado.

Quise inhibirme, y aconsejé su traslado al hospital para ponerle en manos más idóneas; pero, ¡sí, sí!; el padre, erre que erre en que yo había de curarle, y bien sabemos lo que un tal empeño significa. Le expuse el peligro de gangrena, la posibilidad de perder el brazo o la vida, y ¡nada! Cuando ante testigos hubo aceptado toda la responsabilidad de la intervención, actué, y lo hice con unos pocos instrumentos y la única ayuda del practicante del pueblo.

Hice una exéresis, desarticulación metacarpo-falángica, sutura completa, y usé «larga manu» del suero antigangrenoso y de cuantos medios tenía a mi alcance en tales sitio y época, y que hoy nos resultarían irrisorios. Confiaba poco o nada en el éxito.

Magnífico curso postoperatorio; y cuando, días después, alcé el apósito, ¡asombro!, *aquello* estaba completamente cicatrizado por primera intención.

Se habló entonces de mí ¡hasta allá!...; pero aún no he podido cobrar por mi trabajo.

III.—... COMO PALUDÓLOGO.

Este caso fué ya publicado en la *Revista de Medicina y Cirugía de Guerra* en el número 5-6 de 1946 («Nota clínica sobre un caso de meningitis palúdica»). Apenas puedo, pues, referirme brevemente a él sin incurrir en un bochornoso «refrito». Busque el curioso lector más detalles allí.

Niño. Ocho años. Moribundo y desahuciado. Se me entrega como meningitis tuberculosa por otro colega al hacerme cargo incidentalmente de medio pueblo. Lo tomo cariñosamente; estudio, investigo, analizo personalmente l. c. r., y llego a la conclusión de que no hay tal tuberculosis ni apenas meningitis, sino una reacción meníngea serosa por paludismo. Constituye por sí mismo mi mayor éxito profesional, diagnóstico y pronóstico, al par que una novedad en tratamiento, por cuanto estrené allí la *plasmoguina*, en mantillas entonces.

Ocurrió el hecho en la provincia de Salamanca, un par de años más tarde del primer caso. Hace unos meses volví a verle; visitaba yo a un familiar allí, y, en el cine, un mozallón me saludó, y dijo:

—Don Carlos, yo soy el niño aquél a quien salvó la vida.

Así, por antonomasia, y no necesité de otra presentación para recordar... ¿He de hablar, acaso, de mi emoción entonces?

IV.—... COMO TOCÓLOGO (INERCIA UTERINA «POSTPARTUM»).

Días más tarde, y en el mismo pueblo, a punto ya de abandonarle en mi corta estancia de un mes,

con lo que definitivamente acababa, ¡gracias a Dios!, mi actuación en Medicina rural, ya renunciada.

Cierta noche, a las tantas, fui requerido para asistir a un parto. Vivía paredaño el farmacéutico, y al pasar yo ante su ventana, hubo de llamarme y ofrecerme un abultado paquete de medicamentos y material de cura.

—Le hará falta—me dijo, y ello bastó para encender mi curiosidad o mi temor—, conozco a la paciente que le llama.

No he de cansar al lector. Aquello iba saliendo bien; parto normal, rápido y sin accidentes. Felicitábase por ello la parturiente y su familia, y pavoneábame yo no poco mientras esperaba la expulsión placentaria.

De pronto, el aspecto de la enferma, lipotímica, me obliga a poner en movimiento: el colchón se empapaba en sangre, que goteaba ya en el pavimento, y ninguna señal de contracción se percibía en la matriz; hice lo que pude de rutina, y ¡nada!; la mujer se moría exangüe, eso era evidente.

Dos tubos de goma de irrigador me permitieron una brutal ligadura de aorta abdominal sobre una toalla arrollada. Un somero lavado de manos, un chorreón de alcohol yodado por los brazos y una decidida extracción manual de placenta, todo en menos tiempo del que he empleado en dactilografiarlo. El marido, un héroe en aquellas circunstancias, antiguo sanitario militar de la campaña de Africa, bregó lo suyo, inyectando al mismo tiempo suero salino «a todo gas», y permitiéndome desentenderme de ello; no había practicante ni comadrona en el pueblo, y el otro colega, llamado en un angustioso S. O. S., no apareció...

Débil, muy débil, sonó al fin la voz femenina, quejándose: «¡Qué mal estoy!», y yo di gracias a Dios por haberme permitido oír su lamento, cosa con la que ya, en verdad, no contaba.

Júzguese la situación, entre prisas, carreras, lloros y desmayos femeninos a la llegada del sacerdote. Vieja hubo a quien, lavado y todo, saqué en brazos a la calle a viva fuerza.

Puerperio normal, sin una décima de fiebre; pocos días más tarde, al pasar yo, camino de la estación, en mi despedida del pueblo, ella salió a la puerta para darme las gracias y, ciertamente, no pocas bendiciones.

V.—... COMO OFTALMÓLOGO.

Han pasado once años; sitúo mi cuento en la riente Andalucía. Noviembre de 1949. Enferma de la familia. Treinta y un años (¡indiscreto!). Padece una *epiescleritis reumática*, y no he de trabajar mucho para convencer al amable lector de que tal cosa me era desconocida en absoluto antes de «autos». Por ello no he de incurrir en el vicio de describirla detalladamente como a antigua conocida; busque cada cual, por el contrario, la descripción que más le acomode. Sí diré haber leído en un moderno formulario clínico de gran manejo, que se acompaña de «fotofobia, lagrimeo y escaso dolor». Aun cuando los dos primeros síntomas no sean por demás originales, me referiré solamente al último; es seguro que quien tal escribió no ha visto una *epiescleritis*. ¡Escaso dolor!, que se hace insoportable, agudísimo, que impide todo descanso y trabajo, y que, en opinión de un querido colega de Valladolid, cultísimo discípulo de CASTROVIEJO, empuja al enfermo hacia el suicidio en no pocos casos.

¡Sorprenderá a nadie que me deshiciera de tal «hueso» como de ardiente hierro, y «llamase al médico»? Eso es lo primero que hice; hasta cuatro oculistas de gran prestigio y de dos capitales la vieron. Fuerza es confesar que los resultados obtenidos no respondieron a los estudios y esfuerzos realizados, que noblemente reconozco, aparte el enrevesado diagnóstico que jamás hubiese hecho por mí mismo.

Pomadas y colirios, colirios y pomadas de toda clase y color. Investigaciones y análisis para eliminar la tuberculosis. Vitaminas, salicilato vía oral, calor local, no hacen otra cosa que agravar el cuadro.

Se llega así al mes de abril siguiente, en la ciudad de la feria famosa, feria-tormento para mi enferma, con su luz, calor, polvo y cansancio. Nuevo salicilato, ahora intravenoso; proteínas lácteas, ácido acetilsalicílico y... más pomadas. Hasta el mes de julio, unas veces mal y otras peor.

Entonces—y por aquello de que «a la fuerza ahorcan»—comencé a actuar por mí mismo. El gran escollo era mi temor a meterme con los ojos, ignorante como soy de la especialidad en absoluto. Pero la necesidad aguza el ingenio, y he aquí mi astuto proceder: *EPIESCLERITIS REUMÁTICA*, tal es el «coco». Tachemos *epiescleritis*, con lo cual nos hemos subido a sus barbas, y ya, perdídele todo respeto: afección reumática. Así, en vulgar letra minúscula, que no otra cosa requiere una enfermedad totalmente asequible a un médico general, siquiera sea tan malo como yo. Ya para el reumatismo tengo mi método, que, si no original, no vacilaré en calificar de «propio».

Comencé dando un metafórico manotazo a las pomadas.

Administré intravenosamente un preparado comercial compuesto de ácido fenilcincónico, salicilato y yodo. Una ampolla de 10 c. c. diaria y hasta tres cajas de diez ampollas. Cede notablemente, hasta el punto de conseguir la curación con *restitutio ad integrum* en septiembre de 1950. Queda la conocida reliquia de manchas azuladas en esclerótica por adelgazamiento de la misma. Hasta ahora todo el proceso en ojo izquierdo.

Diciembre; recaída en ojo izquierdo, y luego aparición en ojo derecho. Se insiste en el mismo tratamiento, con mejoría solamente leve. En febrero de 1951, ensayo la novocaína intravenosa, 5 centigramos cada vez (mejor cuanto más diluida), especificando muy bien en la receta *sin adrenalina*, por ¡acaso. Este proceder promueve no pocos comentarios y discusiones en el seno de la Peña de amigos y colegas; cada cual ve imaginarios y más graves peligros en su uso. En el momento mismo de cada inyección, se ve disminuir el enrojecimiento local; a la segunda, la mejoría es notable; a las ocho ampollas, curación completa.

Cierto que no faltan las molestias inherentes al fármaco, pero en modo alguno superiores a las que otros, correntísimos, determinan; observé (y no pretendo hacer un estudio farmacológico ni aproximado) taquicardia, obnubilación de conciencia, calor en ciertas regiones de mucosa, angustia y fallo de fuerzas musculares que obligan en ocasiones al enfermo a reposar de momento, algún trastorno de equilibrio y dificultad en la acomodación visual, etcétera, etc.

En mayo siguiente, pequeña recaída en mi ausencia. El colega y amigo queridísimo que la asiste no comparte mi entusiasmo por la novocaína, y, por otra parte, ésta no se puede hallar en las farmacias locales. Prescribe penicilina, 600.000 unidades

al día durante ocho o diez, con una mejoría inapreciable y lenta. Intervengo de nuevo, y envío por correo más novocaína; se inyectan ocho ampollas más. Curación completa, y, por ahora, al publicar el caso, definitiva.

VI.—... COMO TOCÓLOGO OTRA VEZ (PRESENTACIÓN TRANSVERSA CON PROCIDENCIA DE MANO EN PARTO GEMELAR).

Sin variación de tiempo y lugar, y seguimos en el seno de la familia; la *materia prima* es ya abundante y propicia a las anécdotas, tras de situar en el mundo siete vástagos nada menos... Por lo demás, poco cabe bromear en este caso, y si el benévolo lector pudiese ver mis antebrazos mientras tecleo, apreciaría bien la *carne de gallina*; sólo al recuerdo, todos los *arrectores pili* han entrado en tumultuosa acción por el espanto. La paciente era mi propia esposa...

Probable concepción en diciembre-enero de 1950; en marzo comienzan las molestias del embarazo, y, ciertamente, que pocas fueron omitidas. Malestar, vómitos, adelgazamiento, tos espasmódica, sarampión grave, anemia de tipo hipercrómico, trastornos nerviosos diversos. Entre éstos, uno curioso en extremo, y que hasta el presente *no he visto descrito en los libros* ni oído referencias.

Sí, lo he experimentado, años atrás, en mí mismo, y visto reproducido ahora exactamente, acaso por lo del refrán aquél del colchón y la opinión. En un estado crepuscular, adormecido, o en el despertar nocturno, y en ocasiones en plena vigilia, se experimenta una sensación que crece gradualmente, persiste unos minutos y desaparece poco a poco; en ella, la lengua, los arcos dentarios, la cabeza, las manos, etc., *se perciben de un tamaño anormalmente grande, enorme*. Es, permitaseme interpretarlo, como si los centros nerviosos recibiesen el rayo de una *sensación* (para adaptarme al símil óptico) *desviado por una lente, y, como consecuencia, refiriesen los puntos origen de esta sensación en situación más espaciada que la real*. Exactamente, repito, como por la acción de las lentes microscópicas. Lo más curioso es que *se trata de una sensación estática*; esto es, *basta mover la lengua, por ejemplo, de una a otra arcada dentaria, para darse cuenta de que la distancia entre ellas es normal*. De lo cual resulta una curiosa discrepancia de sensaciones que se suceden a voluntad; *se aprecia, en suma, correctamente la amplitud del desplazamiento realizado por el órgano, de lo cual se infiere su tamaño exacto, pero, a la vez, se percibe por sí este tamaño como muy aumentado en situación de reposo*. La vista del órgano rectifica igualmente la sensación de su tamaño.

No estoy seguro de haber logrado dar la idea exacta del síntoma que trato de describir ni pretendo con él haber descubierto el Mediterráneo; el que yo no haya leído, no quiere decir que nadie haya escrito, pero sí agradecería al amable lector más enterado me informase de lo que haya.

Y dejemos ya un inciso sobrado largo. Todas las molestias descritas, y las inéditas, me indujeron a poner el caso en manos de un tocólogo; previa la exploración manual y radiográfica, se diagnosticó embarazo gemelar, con un feto en posición normal cefálica y el otro oblicuo, de polo cefálico superior creo recordar.

5 octubre 1950. Parto de madrugada. Nace, rápida y normalmente, la primera niña a las tres y media. Después se detienen las contracciones y da tiempo sobrado para avisar al tocólogo, no presente al

primer alumbramiento. Hacia las diez llega él, diagnóstica *presentación de nalgas*, ve todo perfectamente llano, *rompe bolsa de aguas e inyecta dos ampollas de extracto hipofisario* (once horas, más o menos).

Aquí mi discrepancia, ya que claramente veía una *presentación transversa*, y, por tanto, contraindicadas las dos maniobras dichas a no preceder la versión. Resulta inexplicable, lo reconozco, haberle dejado actuar; mas vaya en mi disculpa que él era, y yo no, tocólogo, lo cual hacía presuponer sus mayores conocimientos.

Poco después, antes de reanimarse las contracciones, tuvo necesidad de ausentarse momentáneamente, en lo cual no vió inconveniente, ya que el problema *iba a ser* asistir a un sencillo parto de nalgas en caso de verme solo de nuevo. Apenas su coche se había perdido de vista en la carretera, cuando las contracciones se presentaron, y con ellas una *mano fetal*, lo que vino a darme la razón de manera absoluta.

Mas ¡chico consuelo!; las contracciones se hicieron brutales, el tocólogo no aparecía y yo me veía entre la espada y la pared, ante la poco halagüeña perspectiva de una rotura uterina, cuyos signos anunciadores aparecían más diáfanos a cada momento. Busqué toda la morfina que en casa había, y la inyecté, pidiendo aún más a un vecino y colega, con lo cual, mal que bien, logré evitar la tetanización de aquella matriz y sus funestas consecuencias. Pedí asimismo una ambulancia, y allí quedé, en *expectación armada*, aguardando al colega.

Llegó éste al fin, hacia la una de la tarde; vió la manita y... se marchó de nuevo en avanzada hacia el hospital militar para operarla allí. Con eso quedé definitivamente desamparado; no podía soñarse en el traslado en aquellas condiciones por ocho o diez kilómetros de calles adoquinadas y carretera; de hacerlo, estimulada la matriz por la trepidación, hubiese llegado un cadáver y un gran charco de sangre en el suelo del coche.

No había, pues, opción: bauticé al feto, requerí a mi ayudante, una enfermera de guerra de la familia, que no tenía idea de aquello y sin otros elementos de trabajo o de ayuda, devolví el brazo a la cavidad uterina, desencajé el hombro, hice la versión y extraje una niña ya muerta.

Acaso el curioso lector se pregunte, ya que yo no lo digo, cómo lo conseguí. Eso lo sabe Dios, que guió mis manos y me dió la necesaria presencia de ánimo.

Más o menos, a las dos y media de la tarde todo había acabado. La parturiente descansaba tranquila en su cama, y yo, no demasiado lejos..., yacía en otra ¡enfermo!; esto no habré de jurarlo para ser creído,

VII.—... COMO TONTO DE CIRCO.

Este fué mi primer fracaso. Fué, en realidad, el primer caso que vi oficialmente como médico en un pueblo de la provincia de Palencia, en el que dice la *musa popular* que *hasta el cura es pellejero*.

Sustituía yo por un mes a un colega que se casaba. Mi título tendría escasamente quince días de vejez. En la primera tarde vi a un enfermito, niño de pecho, con un vulgar catarillo de nada. Todo fué bien hasta el momento de hacer la receta; me aturullé de tal modo, que acabé pidiendo que pasase el padre por mi casa más tarde y se la daría.

Proyectaba extender la clásica fórmula del jarabe

de benzoato sódico, que ya en el hospital habría yo escrito no menos de mil veces... Pues hasta perdí el sueño buscando en todos los libros y formularios habidos la dosis de benzoato que yo habría de ponerle a aquel crío, y ni siquiera se me ocurrió hacer la fórmula normal y administrarla en cantidades menores.

Entonces estuve a punto de morirme de preocupación..., y ahora de risa al recordarlo.

VIII.—... COMO MÉDICO A SECAS. OTRO FRACASO.

Y que, por cierto, estuvo a punto de lanzarme del pueblo, en el que llevaba yo pocas semanas.

Salí cierta mañana muy temprano de casa para tomar el coche de línea; iba a la capital a mercar unos cristales para entrepaños de una flamante vitrina de fabricación casera que iniciaba mi mobiliario. En el camino me abordó un hombre para que viese a su madre anciana, que tenía una diarrea.

Fuí allí; hícela un reconocimiento rápido y nada hallé de notable en la exploración: buen estado general, no dolores ni defensa, apirética y deseando acaso levantarse. Prescribí una cosilla, les dije a qué compañero habían de llamar en mi ausencia, y seguí, o, mejor, emprendí mi viaje.

A cosa de las siete de la tarde, doce horas después, el mismo hombre me esperaba a la llegada del autobús a mi regreso para pedirme... el certificado de defunción de la enferma. Mi sustituto, llamado con urgencia, nada pudo hacer por evitarlo.

¡Cuidado con las diarreas en los viejos!

IX.—... COMO TISIÓLOGO, CON «PATINAZO».

Tratábase de un hombre joven, sin antecedentes notables, que requirió mi asistencia por causa de unas hemoptisis ligeras pero reiteradas. Lo juzgué un caso incipiente de tuberculosis pulmonar en que, como siempre (con permiso de los colegas tisiólogos de verdad), no se hallaba nada a la exploración con los elementos disponibles y ya más atrás reseñados. Tal pensó, asimismo, otro querido compañero, ya fallecido, que en un par de ausencias mías le visitó.

Púsele, pues, en reposo, y le enredé en aquel galimatías terapéutico de hace veinte años, con el que tratábamos de engañarnos en una enfermedad de la cual conocíamos todo..., menos curarla. Pasaba el tiempo, y estaba yo harto ya de aquel enfermo, no tanto quizá como él de mí. Presentaba un estado general magnífico, mas sus hemoptisis, y tal vez su febrícula, persistían tenaces.

Decidióse un día la familia a que le viese un especialista, y me rogó que les acompañase en su visita a un eminente y querido colega vallisoletano. Llegamos, le exploró éste muy detenidamente «a mano», y pasó después a la cámara de rayos X. Hízose la oscuridad, después la leve luz de la pantalla, y apareció en ella, como naranja de buen tamaño, la nítida sombra de un quiste hidatídico de vértice derecho. Mi compañero, de seguro, no lo esperaba, e inconscientemente rompió el silencio con una exclamación en alta voz:

—¡Caramba—dijo—, creí que era otra cosa!

He puesto *caramba* por eulálico motivo; pero puedo afirmar que le salió un rotundo tacho.

